TRILOGÍA ESENCIA

1

VERÓNICA RAMÍREZ HERMOSO

ESENCIA OCULTA

Título: Esencia Oculta

Copyright © 2025 Verónica Ramírez Hermoso.

Esta es una obra de ficción. Los personajes recogidos en ellas son obra de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con la realidad podría ser mera coincidencia.

Diseño de cubierta: Gabriela Antón Rey (@madameardent)
Maquetación: Gabriela Antón Rey (@madameardent)
Corrección: Marian Ruíz Garrido (@marian.ruizgarrido)

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión, en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), sin autorización previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva del delito contra la propiedad intelectual.

2ª edición, noviembre de 2025
ISBN:978-84-09-74108-3
Depósito Legal: TF346-2025

A ti por creer en mí.
por animarme a intentarlo.
por apoyarme siempre.
Gracias

A lo largo de mi vida, he escuchado infinidad de veces la frase «el saber no ocupa lugar», dicha por el médico conocido como Arnoldo El Sabio. Hasta hace un tiempo, no podía estar más de acuerdo. Sin embargo, me encontré con una inquietante pregunta: ¿y si resulta que el saber mucho o saberlo todo pone en peligro tu existencia o la del resto de la humanidad? Probablemente, esta frase dejaría de gustarte e incluso preferirías vivir en una absoluta y rotunda ignorancia.

Eso es lo que me ocurrió a mí y así es como comienza mi historia.

CAPÍTULO 1

Cuando la vida era sencilla

SARA

Estamos en el laboratorio con nuestra rutina para desarrollar la vacuna contra la covid-19. Es viernes, finales de abril del 2020. El tiempo pasa volando, pero me siento feliz porque a Nati no la han despedido por el malentendido y vuelve a ser de nuevo ella misma.

—Sara, ¿me dejas usar tu botella de agua? Olvidé coger una y no quiero que el jefe crea que aún estoy distraída —susurra a través de la escafandra, para que Óliver no la oiga. Llevamos una protección de alto nivel por el tipo de virus que estamos manejando.

—Claro, además tengo una de sobra, ayer no me la llevé —le contesto discretamente. Necesito que esté aquí, conmigo, es mi gran apoyo, teniendo en cuenta el aislamiento al que estamos sometidos.

Se retira a la sala contigua para refrescarse y tomar agua, y yo sigo enfrascada en mi trabajo. Al poco, regresa y continua con su tarea. Óliver se marcha con una muestra para analizarla. De repente, Nati se desploma. Tardo unos segundos en reaccionar, suelto lo que tengo en las manos y me agacho a socorrerla. Le grito y la zarandeo con violencia.

Óliver irrumpe como una exhalación, me mira sorprendido. Yo le quito la escafandra a Nati para comprobar su respiración, le abro la cremallera del mono y él presiona la alarma de seguridad, lo que provoca

un cierre inmediato del laboratorio. Se agacha junto a nosotras y le toma el pulso; yo, sin pensarlo, me quito la protección, aunque Óliver me lo desaconseja y comienzo con la RCP. ¡Mi amiga se muere y tengo que ayudarla! Él sigue examinándola, cuando, sin mediar palabra y sin ayudarme con la reanimación, sale de la habitación. ¿En serio? Pocos segundos después, vuelve a entrar quitándose sus protecciones.

—Sara, por favor, para —me dice con firmeza.

—¡¡Cómo!? ¿¡Te has vuelto loco!? —le grito desconcertada.

Me empuja hasta apartarme del cuerpo inmóvil de mi amiga y caigo al suelo. Él se queda cerca de ella sin hacer nada. Me incorporo y me abalanzo con rabia, gritándole.

—¡¡Maldito hijo de puta!! ¡¡la estás dejando morir!! —De pronto, reparo en la jeringa que Nati tiene clavada en el cuello y que Óliver retira de inmediato—. ¿Qué coño acabas de inyectarle? ¡Eres un mierda! Tiene razón, ocultas algo; no debí fiarme de ti. Acabas… de matar a mi amiga, cabrón. Estaba a punto de descubrirte, lo sé, y la has eliminado… —le digo entre sollozos y gritos. Me tumbo sobre el cuerpo de Nati como si aún pudiera hacer algo para protegerla.

—¡Acabo de salvarle la vida…! No preguntes y confía en mí. Te lo explicaré, pero ahora guarda silencio —contesta tajante.

La gente se arremolina frente a la cristalera.

—¿Que la has salvado? ¡La has matado! ¡Y yo voy a hacer lo mismo contigo! —le amenazo entre dientes. En ese momento, Nati hace una respiración brusca: ¡ha vuelto! No despierta, pero vuelve a tener latidos y respira. Yo me quedo sin aliento.

—¡Nati, Nati…! ¡Estás bien! —exclamo incrédula aún y la abrazo.

—Por favor, no digas nada. Cuando sea el momento, te lo explicaré todo, te lo prometo —dice Óliver en un hilo de voz.

No le contesto, solo miro a Nati y me siento aliviada porque esté de nuevo con nosotros, pero ¿cómo se ha contagiado? Somos muy cuidadosos, cumplimos los protocolos de seguridad, nadie quiere arriesgarse a perder la vida. Quizás nunca debimos venir, quizás ella tuviera razón y no había exagerado en sus pesquisas. Un pensamiento me asalta: ¿le acaba de inyectar la vacuna? Entonces, ¿qué demonios estamos haciendo? Está muriendo gente y nosotros tenemos la solución. La rabia me carcome por dentro, lo miro con

desconfianza y me hago la firme promesa de averiguar lo que está pasando, cueste lo que cueste.

Algunos meses antes . . .

Es viernes 20 de diciembre de 2019, caminamos deprisa por los pasillos de la facultad para llegar a tiempo a la segunda hora.

—Espabila, churri, que vas más lenta que el caballo del malo ¿Qué te pasa hoy? Estás muy distraída. —Nati me mira frunciendo el entrecejo.

Vivimos en el mismo barrio. No solo eso; nuestras familias están muy unidas, hemos ido a la misma clase desde infantil y ahora también estamos juntas en la universidad. Nati es inteligente, precavida, guapa, aunque le cuesta creérselo, pero esa melena dorada y esos ojos color aceituna no pasan desapercibidos. Es también perfeccionista en exceso, ideal para combinar con mi desastrosa personalidad. Aparte de mi hermana Noa, es mi mayor confidente y mi persona favorita.

—A mí, nada; cansancio, diría yo. Menos mal que es el último día de clase antes de Navidad —le respondo acelerando el paso.

Al entrar en el aula, al fondo, Antonio —mi Thor particular— nos espera con cara de guasa mientras reserva los sitios habituales. Alto, ojos de un tono miel, musculoso como el personaje de Marvel, solo que, con una diferencia: Antonio es moreno y una maruja auténtica, puesto que se entera de todos los chismes. ¿Cómo lo hace? Es un secreto muy bien guardado. Yo le digo que es un manipulador nato, a lo que responde con un *algún día sabrás la verdad.* Le gusta hacerse el interesante.

—¿Qué pasa, rubias? Casi no llegan, se han perdido toda la primera hora. Las hemos echado de menos, sobre todo, a Sara —dice con esa sonrisa picaresca tan suya—. Don Eusebio se ha sentido raro de poder dar la clase sin tus constantes preguntas e interrupciones. —Eso va por mí—. ¿Dónde estaban? —pregunta con tono despreocupado y retira su mochila para que podamos sentarnos.

—En primer lugar, deja de llamarme rubia, porque es de las pocas

cosas que no heredé de mi madre; bueno, eso y su paciencia infinita. En segundo lugar, no tengo la culpa de que Nati conduzca como una ancianita… Vaya tela… —Pongo los ojos en blanco.

—Yo no conduzco lenta. Es que tú vas por la vida a mil por hora —se queja Nati.

—No seas mal agradecida. Por lo menos, no tienes que venir en guagua —me recrimina Antonio; y tiene razón: me he quedado sin el carné por varias infracciones y, gracias a ella, no tengo que utilizar el transporte público.

La mañana se desarrolla con normalidad hasta que llega la última hora, mi favorita. Al entrar en el aula, situada al fondo del edificio, nos envuelve el olor a químicos del laboratorio de Biología Celular, a pesar de ser lugares bien ventilados como norma de seguridad. Ese aroma ácido y metálico me traslada a otra época. No sé cómo explicarlo ni sé de dónde salen tales pensamientos, pero me resulta familiar.

—¿Preparada para la siguiente clase? —pregunta Antonio poniéndose la bata blanca, con media sonrisa ladeada y sacándome de mi ensoñación.

—¡Anda, déjalo ya! Sabes que es una más y que no tiene nada de especial —miento y le dirijo una mirada asesina.

En realidad, me fascina, no solo por quien la imparte, que también influye, sino porque me hace sentir completa. Es como esa sensación de chute de adrenalina cuando prácticas un deporte de riesgo. Me provoca eso mismo. Cada vez que me pongo delante de un microscopio o investigamos algo nuevo, despierta emociones que me cuesta describir. Podría decir que me da la vida.

—Antonio, déjala tranquila que te gusta más un culebrón que a mí —me defiende mi incondicional Nati, riendo.

—No sé qué te traes entre manos con el señor profesor, pero las miradas que se echan no son normales. ¡Hasta los pelos del culo se me ponen de punta! —No tiene remedio, ¡qué bruto!

—Venga, chicos, no puedo pasarme la vida lidiando entre ustedes, es agotador —dice la pobre Nati, nuestro árbitro particular.

—Vete a la m… —No puedo terminar la frase porque entra en clase y, sin verlo, lo siento. Ahí está Óliver, mi profesor, mi jefe, mi fantasía… Alto, ojos del color del chocolate derretido, piel morena, pelo negro, denso, brillante, y una sonrisa que lo llena todo.

Nos conocimos hace un año y pico. Es mi profesor en la universidad y mi jefe en los laboratorios, donde hacemos prácticas Nati, Antonio y yo, una suerte que superáramos la minuciosa selección que hizo entre todos los alumnos de la Facultad.

Hay una conexión única entre nosotros, algo especial que nos une. Nunca imaginé experimentar un sentimiento tan intenso por alguien ajeno a mi familia. A veces es abrumador, pero tan satisfactorio…; ¡es mi perdición!

La clase se me hace amena y pasa volando. Cuando me dispongo a salir a almorzar, Óliver me pide quedarme para comentarme no sé qué. Mis amigos se marchan entre risas y gestos que mejor no voy a describir. El aula queda vacía y me acerco a su mesa.

—Hola, Sara, ¿cómo te va?, ¿con ganas de vacaciones? —pregunta con una amplia sonrisa que me vuelve loca.

—Sí, bueno, estas fiestas no me gustan tanto desde que mi madre no está para compartirlas —contesto mirando hacia abajo. A pesar del tiempo transcurrido, no tenerla cerca sigue siendo doloroso.

—Cierto, lo lamento, ¿cuánto hace que falleció? —me clava los ojos como si me desnudara hasta el alma. Me ruborizo.

—Seis años co… como seis siglos —titubeo, más por la intensidad de su mirada, que por lo que estoy diciendo—. Era su fiesta favorita; me resulta difícil disfrutarla de la misma manera sin ella. —Me está dando un bajón. Necesito dejar de hablar sobre mi madre; no quiero que me vea así.

—Discúlpame; no pretendía evocar tristes recuerdos. —Y como si pudiera leerme el pensamiento, cambia de tema—: El caso es que quería preguntarte si podrías venir durante las vacaciones al laboratorio… —Apretó los labios—. Sé que prometí dejarte descansar, pero no te lo pediría si no fuera necesario. —Se apoya en la mesa, cruzando los brazos, dejando a la vista esa pulsera de cuencas negras tan inusual, haciendo que la bata blanca remarque sus musculosos brazos. Madre mía, voy a lanzarme al cuello… Autocontrol, Sara, ¿o no aprendiste nada en las

clases de taekwondo? —. ¿Puedo contar contigo? —insiste sonriendo, se ha dado cuenta del repaso que le acabo de dar. La sutileza nunca ha sido lo mío y me estoy poniendo roja. ¡Mierda!, tengo que salir de aquí. Aun así, acierto a responderle:

—Claro, dime horarios, días y me las apañaré, no quiero fallarte —suena a promesa más que a una respuesta. Me pongo aún más nerviosa y colorada, y huir es mi única escapatoria para dejar de hacer el ridículo—. Si me lo puedes pasar por email o WhatsApp, te lo agradezco, que me están esperando para almorzar —digo con voz rota y mientras camino hacia la salida, abochornada.

—Por supuesto, perdona que te haya entretenido. Esta tarde te lo mando sin falta; ¡y gracias…! —exclama sin terminar la frase. Tengo la sensación de que quiere añadir algo más y no se atreve, lástima. Yo misma le diría tantas cosas… ¡Control, Sara, control!

Me dirijo al aparcamiento todo lo rápido que me permiten mis piernas, donde sé que me esperan Nati y Antonio. Mi móvil comienza a vibrar. En mi Apple Watch veo quién me llama y hace que frene en seco. ¿Dónde demonios he soltado el móvil? Infierno de bolso de mujer, siempre lleno de cosas inútiles.

—¡Hola, papá! ¿Todo bien? —pregunto algo preocupada.

Los estudiantes me atropellan a su paso, la euforia del inicio de vacaciones alborota los pasillos y se me acelera un poco el corazón: mi padre es más de enviar WhatsApp que de llamar, salvo que pase algo grave.

—Perdona, bonita, ¿te interrumpo? —Noto que su tono es cálido pero preocupado.

—No, papá, tranquilo, estoy justo saliendo de clase para ir a almorzar con el grupo. ¿Qué necesitas?

—Me había olvidado del almuerzo y supongo que Noa también está en lo mismo con su pandilla. La ubicación me dice que sigue en el instituto y no me encaja. Además, la he llamado un par de veces, pero no contesta —explica con desasosiego. La única norma que nos ha impuesto a mi hermana y a mí es que siempre le contestemos a los mensajes y llamadas.

Mucha gente lo tacharía de sobreprotector, pero tras el accidente de tráfico de mamá, que nos fue notificado varias horas más tarde, no se le puede reprochar que se preocupe por nuestro bienestar. Pero con Noa

todo es muy complicado: la adolescencia no le sienta muy bien y está dispersa. Confío en que sea pasajero.

—Descuida, papá, le mandaré un mensaje a Leo para saber si todo va bien. Ya sabes que Noa pasa un poco del móvil. Si hay cualquier novedad, te aviso, pero seguro que es Noa haciendo de Noa —intento quitarle hierro al asunto. Seguro que se ha dejado el móvil en algún lado.

—Por cierto, enana, ¿han comentado algo más en clase sobre el virus ese que se está propagando por China? En las noticias no han sido muy claros y quizás lo hayan comentado ahí. Como ustedes estudian esos bichos —me resulta curioso, que papá se preocupe por esto. Los asuntos de mi trabajo no le despiertan mucho interés y, para molestarme, siempre me dice que son cosas de cerebritos y frikis.

—No me llames enana, por favor —le regaño.

Me lo hace desde niña. No es muy alto y acostumbraba a decirme que tenía que llamarme así antes de que llegara ese momento en que le sobrepasaría.

—En cuanto al virus, parece que está controlado, que se están siguiendo los protocolos de actuación correctos; de hecho, se ha aislado la zona de contagio y se está estudiando su origen —le explico—. ¡Oye! ¿Por qué no sales y te distraes? ¡No estarás preocupado! —le digo, aunque sé que no me hará caso.

—No, bonita, estoy bien, disfruta con tus amigos, nos vemos a la noche. Y dime algo de tu hermana. —Y cuelga.

Después de enviarle un mensaje al bendito Leo, le comunico a mi padre que está todo en orden, que se dejó el móvil en la taquilla, dentro de la mochila, y de ahí que no conteste; no se deja la cabeza porque la tiene pegada al cuerpo. ¡Qué tía! Es una suerte que tenga un novio tan responsable.

Me subo al coche con Nati. ¡Por fin, vacaciones! Solo lo son de la universidad, porque me voy a pasar todas las Navidades trabajando en el laboratorio, aunque me encanta la idea, para qué decir lo contrario. Creo que soy de las pocas personas que disfrutan con su trabajo.

Cuando llegamos al Guachinche, un bar muy económico que nos envuelve con los aromas de comida casera, que nos abren el apetito y las ganas de vivir, vamos hasta la mesa que nos tiene reservada. Los demás ya están allí. Fernando, el novio de Nati, tan rubio y con los ojos tan

claros, muy extrovertido y más divertido aún, sentado a su lado: parecen Barbie y Ken juntos; Carlota y José son la pareja más estable del grupo, con ella estudiamos en el colegio y él se prepara para ser un prometedor político; a Celia y Ezequiel, los conocí en las clases de taekwondo, ambos son excepcionales en la disciplina al punto de haber conseguido el título de campeones de Canarias.

Después de los achuchones de rigor, me disculpo y voy al servicio. Al volver, comienza el tercer grado; sabía que me tocaría: soy un blanco fácil.

—Oye, Sara, ¿qué te traes entre manos con tu profesor? Antonio dice que te pidió que te quedaras al final de la clase. ¿Te ha pedido una cita? —pregunta Carlota con mucha guasa.

—¿De verdad, Antonio? Te ha faltado tiempo para ir con el chisme a todos —contesto mordiéndome el labio inferior—. Ni que no hubiera temas mucho más interesantes —añado, lanzándole al cotilla de mi amigo una miga de pan a la cara.

—A ver, tengo que hacer honor a mi mote del Brujo Marujo, que los motes se ganan, rubia, no se regalan —dice guiñándome un ojo y dándole un buen sorbo a su cerveza.

—No te escaquees… Esperamos una respuesta, Sarita —insiste Celia mientras unta mantequilla en el pan calentito que nos acaban de traer.

—¡Mira que son pesados! Entre Óliver y yo no hay nada. Solo me ha pedido que trabaje durante las vacaciones de Navidad en el laboratorio —explico como para zanjar el asunto.

—¿Qué trabajes… o te lo trabajes? —insiste Antonio, acompañando la pregunta con gestos obscenos. El grupo estalla en carcajadas.

—A lo mejor te declara su amor entre ensayo y ensayo —dice Fernando, y se suceden más risas aún. Es un comentario muy cursi viniendo de él.

—¡Madre mía, Fer! Las novelas románticas que lee Nati te están empezando a afectar.

No puedo sino reírme con ganas.

—Lo que quiere decir es que igual te coge y te deja mirando para Cuenca —añade Ezequiel.

Están todos sembrados.

—Mira que eres bruto, cariño —le recrimina Celia muerta de risa,

hincándole un codo en el costado.

—¡Ya les vale! No sé cómo lo hago para que siempre me vacilen —digo secándome las lágrimas.

—Será porque eres la mejor encajando las bromas, amiga —contesta Carlota guiñándome un ojo.

No faltan las risas y el buen humor. Al finalizar, volvemos a Costanera. Vivimos en adosados muy cerca la una de la otra, y, al bajarme del coche, saludo a Fran, su padre, con un abrazo cariñoso. Es un hombre fantástico, divertido, ocurrente, directo y un empresario de éxito como mi padre.

Mi mejor amiga y yo compartimos ser huérfanas de madre. La suya falleció cuando teníamos seis años y, aunque éramos muy pequeñas, tengo recuerdos entrañables de Elena. El fallecimiento de la confidente de mamá hizo que mi progenitora se volcara en Nati y ayudara en su crianza, así que hemos crecido casi como hermanas.

Después de una breve charla con ellos, me marcho a casa agotada. Al llegar, veo que papá ya ha puesto las luces de Navidad a lo largo de la fachada de las tres plantas. Atravieso la entrada y llego al salón. Papá tiene a Noa enroscada en el sillón y deben estar viendo alguna carrera de Fórmula 1. Esa pasión por los coches que comparten nunca ha llegado a engancharme del todo a mí.

—¿Qué tal, familia? ¿Quiénes compiten? —pregunto sentándome.

—No, bonita, estamos viendo las noticias del virus ese de China. Se está poniendo la cosa muy fea. Como no se espabilen, nos van a terminar contagiando a todos —contesta papá con un deje de preocupación en su voz.

—Tranquilo, por lo que parece está controlado en China —dice Noa.

—Por cierto, guapa, a ver si no te dejas el móvil atrás, para no tener que estar molestando a tu novio. ¡Qué desastre eres!

—¡Venga, Sara! ¿Ya estás en modo madre? No seas pesada… Me despisté, pero para eso tengo a Leo, que me salva de mis olvidos —dice en tono burlón.

—Y si no es Leo, es Adriana, Nora o Alba, siempre alguien al rescate, ¿no? —añado con los ojos en blanco. Adoro a mi hermana, es mi segunda persona favorita del mundo, pero a veces me saca de mis casillas.

—Ya está bien, chicas, fin de la discusión —interrumpe papá.

Noa se levanta y tira para la cocina como un resorte, con esas piernas largas y esa cintura de avispa… ¡La madre que la parió!, ¡qué tipazo tiene y qué guapa es! No es amor de hermana, es que es un bombón, rubia, alta, ojos pardos como los míos y un cuerpo de infarto. Solo le falta centrarse un poco más y será perfecta.

—Y tú, siéntate, cuéntame cómo fue tu comida y qué planes tienes para las vacaciones. —La voz de cansancio de mi padre me da pena a veces. Lidiar con dos mujeres, educarlas solo… No debe ser nada fácil.

—Voy a tener que trabajar. Óliver me ha pedido hacer algunas horas durante las fiestas. La verdad es que me viene genial ganar un dinero extra y más experiencia.

Se lo he soltado de corrido. Me consta que a papá el hecho de que trabaje en Navidad no le va a gustar, pero no quiero que se enfade conmigo. No llevo muy bien los conflictos y, menos, con mi familia.

—Bueno, bonita, sabes que el dinero no es problema: te lo puedo dejar yo —me dice tan servicial como siempre.

—No, papá. Prefiero ganarlo por mis propios medios, si no te importa —le contesto con el mejor tono del que soy capaz.

—Está bien, no es lo que tenía pensado para estas fiestas, pero ya tienes veintiún años y no puedo decirte lo que debes hacer o no con tu vida. Como diría tu madre, cada decisión tiene consecuencias y tienes que aprender de las tuyas —me contesta dando por terminada la conversación.

Me acurruco a su lado. Noa hace lo mismo y, después de ver algún capítulo empezado de NCIS, nos vamos a dormir soñando ya con las fiestas que se aproximan.

Las vacaciones transcurren entre almuerzos, cenas con familiares y amigos. No nos falta nunca un plan para distraernos.

Por las mañanas voy a trabajar a los laboratorios, situados en Santa Cruz, en una de las dos torres más alta de la ciudad, con cinco plantas subterráneas para aparcamientos, planta baja destinada a locales comerciales; recepción, sala de espera, salas de extracciones, servicios de veinticuatro horas de analíticas y algunos despachos administrativos, en la primera; después hay treinta y dos plantas más con oficinas administra-

tivas, almacenes, *office*, varios laboratorios con distintas especialidades en oncología, cuidados críticos, inmunología, vacuna, cardiovascular, enfermedades poco frecuentes… Son los más modernos que hay en las islas, donde se desarrollan varios y complejos proyectos. En el ático, vive Óliver. Tengo mucha suerte de poder hacer mis prácticas remuneradas allí. En plantilla hay unas trescientas personas, y mi equipo de trabajo lo conforman Óliver, el gerente, Elisa, junto con su pareja Jorge, Alicia, Benjamín y Carla, personal investigador con años de experiencia, además de Noelia y Beatriz, las supervisoras. Como becarios, estamos Nati, Antonio y yo. Pero estas Navidades solo estamos Óliver, Beatriz, con la que no tengo muy buena conexión, Elisa y yo.

Mi trabajo consiste en replicar, desarrollar o mejorar las vacunas que ya tenemos en el mercado, un trabajo que me encanta. Me resulta intrigante a la vez que halagador ser la única alumna en activo durante las fiestas. Hemos desarrollado una rutina que no nos da pie a muchas distracciones, ni a conversaciones que nada tengan que ver con el trabajo, salvo hoy, que solo estamos el jefe y yo, así que, me armo de valor y me pongo a hablar para cortar la tensión, que, a mi parecer, flota en el ambiente. ¿O me pasa solo a mí?

—¿Sueles pasar las fiestas trabajando o también sabes divertirte? —pregunto en tono burlón. Me mira sorprendido, pero me sonríe.

—Hum, reconozco que soy un poco adicto al trabajo, pero cuando quiero soy el alma de la fiesta. Una vieja y sabia amiga me dijo que hay que trabajar para vivir y no vivir para trabajar y, aunque me cuesta, intento llevarlo a cabo —contesta. Me ha parecido que echa de menos a esa amiga y vuelve a sonreírme de esa manera que tanto me gusta.

—¡Uy, sí, se te ve fiestero total, encerrado aquí todos los días, durante mil horas! Y además vives en el ático… Madre mía, Óliver, no te veo yo relajándote, tomando unas cañas… —Me arrepiento de cómo y de lo que he dicho. «Sara, es tu jefe y tu profesor; no puedes cogerte esas confianzas», me digo.

—¿Quieres que te lo demuestre?, ¿es una invitación? —dice.

¿Se está insinuando o me lo parece? El corazón se me va a salir de la boca. ¿Y qué le digo yo ahora? Me sudan las manos y hasta las pestañas. Me he metido en un embolado yo solita y ahora no sé cómo salir, así que hago lo primero que se me ocurre: cambio radical de la

conversación y me pongo el pelo detrás de la oreja, gesto que hago cuando estoy nerviosa.

—Bien... bien. ¿Y qué opinas de todo lo que está ocurriendo en China? —Por un microsegundo me parece que su cuerpo se tensa y su cara cambia de la sonrisa picaresca a algo más sombrío.

—Qué forma más brusca de cambiar de tema —Hace una pausa como para meditar sus palabras, arruga los labios y continua—: Es más complejo de lo que nos están contando, pero confío en que sean capaces de controlarlo, porque no nos conviene en absoluto que se extienda —contesta de corrido, pero su mente no está aquí, sino a cientos de kilómetros. Yo diría que en otra galaxia.

—A mi padre lo trae loco. No hace sino preguntarme si yo sé más porque trabajo aquí y eso.

—¿Y sabes algo que los demás no sepamos? —pregunta con curiosidad, acortando la distancia que nos separa.

—¿Yo? ¿Qué puedo aportar que no sepan ya los expertos que se están ocupando? —Su cercanía me altera.

—No te infravalores, tienes mucho que ofrecer. —No contesto, me quedo petrificada.

Nos miramos fijamente durante un buen rato y cuando creo que me va a besar, se separa con mucha delicadeza. Mascullando un no es buena idea y vuelve a enfrascarse en su trabajo.

Así termina nuestra extraña pero sexi conversación.

El resto de los días fueron muy tranquilos y rutinarios: tonteamos algo, pero no pasó de ahí, evitó —o eso me pareció— que nos volviéramos a quedar a solas, lo que resultó ser muy decepcionante para el culebrón que se habían montado mis amigos, después de contarles con todo tipo de pormenores el encuentro que habíamos tenido. Fui el cotilleo durante todas las fiestas, pero se quedó en eso, en un chisme; para mí, una verdadera lástima.

A finales de enero, llega la noticia de que la Organización Mundial de la Salud (OMS) declara una emergencia de salud pública de importancia internacional.

La covid-19, como han denominado a esta rara y peligrosa enfer-

medad, es la comidilla en todos sitios. Óliver se pone tenso cada vez que se habla de ello, excepto cuando yo intervengo, como si escrutara cada palabra que sale de mi boca. ¡Qué extraño! Seguro que son paranoias mías, ni que yo dijera cosas inteligentes. La mayoría del tiempo improviso.

A medida que va pasando febrero, entre Óliver y yo hay un acercamiento. Veo que está muy pendiente, me pide que me quede hasta el final, aunque evita que estemos solos. Me cuenta que es hijo único y que sus padres —él, venezolano, y ella, canaria— fallecieron. Vinieron a las islas estando su madre embarazada, buscando ayuda en la poca familia que tenían aquí y una vida mejor. Su padre, biólogo también, había hecho de la nada un imperio de laboratorios en muchas partes del mundo, y, al heredarlos, los vendió a una multinacional, excepto este en el que estamos trabajando. Además de guapo, inteligente, misterioso y atractivo, también está forrado: una caja de sorpresas demasiado perfecta. Espero que no sea un psicópata, porque nadie puede ser tan perfecto salvo en la ficción.

Llega marzo y, con él, el reconocimiento de la enfermedad como pandemia mundial y un estricto confinamiento. La enfermedad se está cobrando millones de vidas, no se sabe cómo controlarla, cómo frenarla. La situación es alarmante y muy dura. El miedo a lo desconocido hace temblar a un planeta entero; nunca en la historia conocida se ha confinado a todos los seres humanos.

Se especula sobre teorías conspiradoras, virus manipulados, fin del mundo y alguna absurda hipótesis sobre alienígenas. La gente está descontrolada y vive con el terror de perder a sus seres queridos. Los líderes políticos son incongruentes con la información que transmiten, cosa que genera más incertidumbre en la población. Parecemos pollos sin cabeza.

Aquí termina la muestra...

¿Quieres saber qué pasa después?



Esencia oculta · Libro 1 de la Trilogía Esencia

llamamelocaperoescribo.com

También en librerías de Canarias y en Amazon